

# Dónde aterrizar

Cómo orientarse  
en política

Bruno  
Latour

taurus



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleer



@tauruseditorial



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Ya hemos leído suficientes libros.*[\[1\]](#)

JARED KUSHNER

## 1

Este ensayo se propone aprovechar la elección de Donald Trump, el 11 de noviembre de 2016, para relacionar tres fenómenos que algunos comentaristas ya han identificado, pero cuyos vínculos no siempre advierten —lo que equivale a no ver la inmensa energía política que podría derivarse de su asociación—.

A comienzos de los años noventa, justo después de la «victoria contra el comunismo», simbolizada por la caída del Muro de Berlín, en el mismo momento en que algunos creían que el curso de la historia había terminado,<sup>[2]</sup> empieza subrepticamente otra historia.

Una historia marcada, ante todo, por lo que se ha dado en llamar «desregulación», que otorga a la palabra «globalización» un sentido cada vez más peyorativo. Pero dicha historia señala también, en todos los países simultáneamente, el inicio de una explosión cada vez más vertiginosa de las desigualdades. Por último, y aunque sea lo menos señalado, comienza en esta época la empresa de negar de forma sistemática la existencia de la mutación climática («clima» se toma aquí en el sentido general de las relaciones de los humanos con sus condiciones materiales de existencia).

Este ensayo, pues, propone percibir esos tres fenómenos como síntomas de una misma situación histórica. Todo parece indicar que una buena parte de las clases dirigentes (lo que hoy se llama, de forma muy imprecisa, las «élites») ha llegado a la conclusión de que ya no hay suficiente espacio en la tierra para ellas y para el resto de sus habitantes.

Por consiguiente, las élites han terminado por considerar inútil la idea de que la historia se dirige a un horizonte común donde «todos los hombres» podremos prosperar de igual manera. Desde los años ochenta, las clases dirigentes ya no pretenden dirigir, sino ponerse a salvo fuera del mundo. De esa fuga, de la que Donald Trump es apenas un síntoma entre muchos, todos sufrimos las consecuencias, enajenados como estamos por la ausencia de un mundo común que compartir.

La hipótesis es que las posiciones políticas asumidas desde hace cincuenta años nos resultan incomprensibles si no se concede un lugar central a la cuestión del clima y su negación. Sin la idea de que hemos entrado en un «nuevo régimen climático»,<sup>[3]</sup> no se pueden comprender la explosión de las desigualdades, el alcance de las desregulaciones ni la crítica de la mundialización, ni, sobre todo, el pavor que da origen al anhelo de regresar a las antiguas protecciones del Estado nacional —lo que muy injustificadamente se viene llamando el «ascenso del populismo»—.

Para resistir a esta pérdida de orientación común, será necesario «aterrizar» en alguna parte. De ahí la importancia de saber cómo orientarse. Y, en consecuencia, de trazar algo así como un mapa de las posiciones impuestas por este nuevo paisaje en el que se redefinen no solamente los afectos de la vida pública, sino también lo que está en juego.

Las reflexiones que siguen, escritas en un estilo voluntariamente abrupto, intentan explorar si pueden canalizarse algunas emociones políticas hacia nuevos objetos.

El autor, carente de cualquier autoridad en ciencias políticas, solo puede ofrecer a los lectores la oportunidad de poner esta hipótesis en tela de juicio y buscar otras mejores.

## 2

Hay que agradecer a los votantes de Donald Trump que contribuyeran a sacar a la luz estas cuestiones, impulsándolo a retirarse, el 1 de junio de 2017, del acuerdo de París sobre el clima.

No lo lograron ni el activismo de millones de ecologistas, ni las alertas de miles de científicos, ni la acción de centenares de industriales, ni siquiera el papa Francisco ha podido llamar la atención sobre el tema.<sup>[4]</sup> En cambio, Trump lo ha conseguido: ahora todo el mundo sabe que la cuestión climática está en el corazón de todos los retos geopolíticos y directamente vinculada al problema de la injusticia y la desigualdad.<sup>[5]</sup>

Al retirarse del acuerdo, Trump desencadenó por fin, explícitamente, si no una guerra mundial, por lo menos una guerra sobre la concreción del teatro de operaciones: «Nosotros los estadounidenses no pertenecemos a la misma Tierra que vosotros. ¡La vuestra puede estar amenazada, la nuestra jamás lo estará!».

Esta actitud revela cuáles son las consecuencias políticas, muy pronto militares, y en todo caso existenciales, de lo que había anunciado Bush padre en 1992, en Río de Janeiro: «¡Nuestro modo de vida no es negociable!». Ahora, por lo menos, las cosas están claras: ya no existe el ideal de un mundo compartido por lo que, hasta ahora, se llamaba «Occidente».

Primer acontecimiento histórico: el Brexit. El país que inventó el espacio indefinido del mercado, tanto en el mar como en tierra; el que conminó sin descanso a la Unión Europea a no ser simplemente una vasta *boutique*... Ese mis-

mo país, ante la irrupción de unas cuantas decenas de miles de refugiados, decide, por un impulso, no seguir jugando a la mundialización. En busca de un imperio desaparecido desde hace mucho tiempo, está intentado desprenderse de Europa a costa de dificultades cada vez más inextricables.

Segundo acontecimiento histórico: la elección de Trump. El país que había impuesto al mundo su particular mundialización, y con qué violencia; el país que se había fundado en la emigración, eliminando a sus primeros habitantes, le confía su destino a quien promete aislarlo como una fortaleza, no dejar entrar refugiados, no participar en ninguna causa fuera de su suelo, al tiempo que sigue interviniendo en todas partes con la misma descarada torpeza.

Este nuevo interés por las fronteras en quienes habían abogado por su desmantelamiento sistemático sella el fin de una manera de concebir la mundialización. Dos de los principales países del antiguo «mundo libre» les dicen a los demás: «¡Nuestra historia ya no tiene nada que ver con la vuestra; idos al diablo!».

Tercer acontecimiento histórico: el retorno, la extensión, la amplificación de las migraciones. Al mismo tiempo que cada país se resiente de las múltiples amenazas de la mundialización, muchos tienen que organizarse para acoger en su suelo a millones de personas —¡algunos dicen decenas de millones!—<sup>[6]</sup> que la acción acumulada de las guerras, los fracasos del desarrollo económico y la mutación climática lanza a la búsqueda de un territorio habitable para ellos y para sus hijos.

¿Puede afirmarse que se trata de un viejo problema? No, porque esos tres fenómenos son aspectos diferentes de una misma y única metamorfosis: *la noción misma de suelo está cambiando de naturaleza*. El suelo soñado de la mundialización comienza a desaparecer. Ahí está toda la novedad de lo que, púdicamente, se llama la «crisis migratoria».

Si la angustia es tan profunda es porque empezamos a sentir que el suelo desaparece bajo nuestros pies. Porque estamos descubriendo, con relativa claridad, que todos es-

tamos en migración hacia territorios por redescubrir y por reocupar.

Y esto es así en razón de un cuarto acontecimiento histórico, el más importante y el menos discutido: el 12 de diciembre de 2015, en París, durante el acuerdo sobre el clima: la cumbre COP21.

Para medir el verdadero impacto de la cumbre lo importante no es tanto lo que todos los delegados han decidido, ni siquiera el hecho de que ese acuerdo sea o no aplicado (los negacionistas harán lo que sea para destruirlo). No, lo importante es que ese día todos los países firmantes, al mismo tiempo que aplaudían el éxito de un acuerdo improbable, comprendieron con horror que si llevaran a cabo sus respectivos planes de modernización, no habría un planeta compatible con sus expectativas de desarrollo.<sup>[7]</sup> Necesitarían varios planetas, pero solo tienen uno.

Ahora bien, si no hay un planeta, tierra, suelo o territorio que pueda albergar al Globo de la globalización, hacia el cual todos los países pretendían dirigirse, entonces nadie tiene, como suele decirse, un *chez soi*<sup>(1)</sup> garantizado.

Así, cada uno de nosotros se encuentra ante la siguiente pregunta: «¿Debemos alimentar sueños de fuga o buscar un territorio habitable para nosotros y para nuestros hijos?».

En otras palabras, o bien negamos la existencia del problema, o bien buscamos dónde aterrizar. Es esto lo que nos divide a todos, mucho más que la adhesión a la derecha o a la izquierda.

Y esto vale tanto para los antiguos habitantes de los países ricos como para los futuros. Para los primeros, porque deberán comprender que no hay planeta propicio para la mundialización y que se verán obligados a cambiar la totalidad de su modo de vida; para los segundos, porque tendrán que abandonar su antiguo suelo devastado y aprender, a su vez, a cambiar su modo de vida.

Dicho de otra manera, asistimos a la generalización de la crisis migratoria.



A los migrantes venidos del exterior, que tienen que cruzar fronteras al precio de inmensas tragedias para abandonar su país, hay que sumar desde ahora a los migrantes del interior que sufren, permaneciendo en el mismo lugar, el drama de verse abandonados por su país. Lo que hace difícil pensar sobre la crisis migratoria es que esta es el síntoma desgarrador, en mayor o menor grado, de una prueba común para todos: encontrarse privados de tierra.

Esta prueba es lo que explica cierta indiferencia ante la urgencia de la situación, y permite entender por qué todos somos «quietistas climáticos» cuando confiamos en que, sin hacer nada, «todo acabará por solucionarse...». Es inevitable preguntarse por el efecto en nuestra mentalidad de las noticias diarias sobre el estado del planeta. ¿Cómo no sentirse interiormente destruido por la ansiedad de no saber cómo enfrentar la situación?

Esta inquietud, a la vez personal y colectiva, es la que hace cobrar tanta importancia a la elección de Trump, sin la cual no sería más que el guion de una mediocre serie de televisión. Estados Unidos tenía dos opciones: al darse cuenta del alcance del cambio y la magnitud de su responsabilidad, podía, al fin, ser realista y llevar al «mundo libre» fuera del abismo. O, por el contrario, podía profundizar más en la negación. Quienes se ocultan detrás de Trump han decidido retrasar el aterrizaje y prolongar el sueño de América unos cuantos años más, lo que termina por arrastrar a los otros países al abismo —tal vez de manera definitiva—.

## 3

Hasta ahora, los países que habían decidido «modernizar» el planeta no se habían planteado esta pregunta. La pregunta se la hacían, y con cuánto dolor, aquellos que sufrían, desde hacía cuatro siglos, el impacto de los «grandes descubrimientos», de los imperios, la modernización, el desarrollo y, por último, la globalización. Ellos saben perfectamente qué significa verse privado de su tierra, e incluso ser expulsado de ella. A fuerza de vivir ambas experiencias se volvieron expertos en sobrevivir a la conquista, al exterminio y al despojo de su suelo.

La gran novedad para los pueblos modernizadores es que, a partir de ahora, esta pregunta se dirige tanto a ellos como a los demás. Quizá es menos sangriento, menos brutal, menos detectable, pero se trata de un ataque extremadamente violento para arrebatarles el territorio a quienes, hasta el momento, poseían un suelo —la mayoría de las veces porque se lo habían robado a los otros en el transcurso de las guerras de conquista—.

Esto agrega un sentido imprevisto al término «poscolonial», como si hubiera un parentesco entre dos sentimientos de pérdida: «Perdisteis nuestro territorio? ¿os lo robamos nosotros? Sabed que ahora nosotros también lo estamos perdiendo...». Entonces, curiosamente, a falta de una fraternidad que sería indecente, aparece algo así como un vínculo nuevo que desplaza el conflicto clásico: «¿Cómo hicisteis para resistir y sobrevivir? Sería bueno que nosotros también aprendiéramos de vosotros».[8] Preguntas seguidas de una respuesta irónica, expresada al principio en sordina: «Bienvenidos al club».

En otras palabras, la impresión de vértigo, casi de pánico, que atraviesa toda la política contemporánea, viene de que el suelo de pronto está cediendo bajo los pies de todo el mundo, como si cada uno se sintiera atacado desde todas partes en sus costumbres y en sus bienes.

El lector habrá notado que las emociones no son las mismas cuando le piden defender la naturaleza —en ese caso bostezo de tedio— o defender su territorio —entonces, en cambio, se moviliza de inmediato—.

Si la naturaleza se ha convertido en territorio, ya no tiene sentido hablar de «crisis ecológica», de «problemas de medio ambiente», de «biosfera» por recuperar, por reparar, por proteger. Se trata de algo mucho más vital, existencial —y también mucho más comprensible por ser mucho más directo—. Cuando alguien tira de la alfombra, se comprende de inmediato que debe preocuparse por el suelo...

Lo que nos están arrancando tiene que ver con el arraigo, los modos de vida, el suelo y las propiedades que vemos derrumbarse. Y esta inquietud mortifica a todo el mundo por igual: a los antiguos colonizadores y a los antiguos colonizados. ¡No! Les produce mucho más pánico a los antiguos colonizadores, menos acostumbrados a esta situación. Lo cierto es que todos se encuentran frente a una carencia universal de espacio que compartir y de tierra habitable.

Pero ¿de dónde viene el pánico? De ese profundo sentimiento de injusticia que tuvieron quienes fueron despojados de su tierra durante las conquistas. Luego, en la colonización y, por último, en la era del «desarrollo»: una potencia venida de otra parte había ido a privarlos de su territorio sin que los nativos tuvieran sobre ella ningún control. Si eso es la mundialización, entonces se puede entender, retrospectivamente, por qué resistirse a ella ha sido siempre la única solución y por qué los colonizados han tenido siempre razón al defenderse.

Esta es la nueva manera de experimentar la universal condición humana, una universalidad, es cierto, completamente perversa (*a wicked universality*), pero la única que te-

nemos a disposición. La anterior, la de la globalización, parece alejarse del horizonte. La nueva universalidad consiste en sentir que el suelo se está desintegrando.

¿No basta con esa universalidad para entenderse y prevenir guerras futuras por la apropiación del espacio? Probablemente no, pero es nuestra única salida: descubrir entre todos qué territorio es habitable y con quién compartirlo.

La otra rama de la alternativa consiste en hacer como si nada y prolongar, protegiéndose detrás de una muralla, el sueño americano, sueño del que ya sabemos que nueve o diez mil millones de humanos no disfrutarán...

Migraciones, explosión de las desigualdades y nuevo régimen climático son, entonces, la misma amenaza. La mayoría de nuestros conciudadanos subestiman o niegan lo que le está sucediendo a la tierra, pero entienden perfectamente que el problema de los migrantes pone en peligro el sueño de una identidad protegida.

Por el momento, bien estimulada, bien trabajada por los partidos llamados «populistas», dicha mayoría solo toma en cuenta una de las dimensiones de la mutación ecológica: esta última empuja a cruzar fronteras a las personas que ellas no quieren recibir. De ahí su respuesta: «Levantemos fronteras estancas y así nos libraremos de ser invadidos».

Ahora bien, tales partidos no han experimentado plenamente la otra dimensión de la mutación: el nuevo régimen climático arrasa todas las fronteras desde hace tiempo y nos expone a los cuatro vientos, sin que podamos construir muros contra esos nuevos invasores.

En efecto, si queremos defender nuestras pertenencias, tendremos que identificar también estas migraciones sin forma ni nación que se llaman clima, erosión, contaminación, agotamiento de los recursos, destrucción de los hábitats. Ni siquiera sellar las fronteras a los refugiados bípedos podrá evitar que aquellos otros las traspasen.

¿Entonces ya nadie está *chez soi*?

No, en efecto. Ni la soberanía de los estados, ni la impermeabilidad de las fronteras podrán llegar a sustituir la función de la política.

«¿Entonces todo está abierto, habrá que vivir fuera, sin ninguna protección, a merced de los cuatro vientos, mezclados con todo el mundo, peleándose por todo, sin garantías, trasladándose sin cesar, habrá que perder toda identidad, todo confort? ¿Quién puede vivir así?». Nadie, es cierto, ni un pájaro, ni una célula, ni un migrante, ni un capitalista. Incluso Diógenes tuvo derecho a un tonel; un nómada a su carpa; un refugiado a su asilo.

No hay que creer un ápice a quienes predicán la llamada del mar abierto, el afrontar riesgos y abandonar todas las protecciones mientras siguen apuntando con el dedo al horizonte infinito de la modernización para todos. Esos fariseos solo aceptan riesgos cuando su confort está garantizado. En lugar de escuchar lo que dicen de dientes para fuera, hay que mirar más bien lo que llevan a la espalda: se verá entonces brillar el paracaídas dorado, cuidadosamente plegado, que los asegura contra todos los azares de la existencia.

El derecho más elemental es sentirse aliviado y protegido, sobre todo en momentos en que las antiguas protecciones están en vía de desaparición.

He ahí el sentido de la historia que está por descubrirse: ¿cómo rehacer los bordes, los revestimientos, las protecciones, cómo recuperar un punto de apoyo teniendo en cuenta, a la vez, el fin de la mundialización, la dimensión de las migraciones y los límites de la soberanía de los estados frente a las mutaciones climáticas?

Sobre todo, ¿cómo tranquilizar a quienes no ven otra salvación a no ser una identidad nacional o étnica —siempre recién inventada—? Y, por último, ¿cómo organizar una vida colectiva en torno al gran desafío de acompañar a millones de extranjeros en la búsqueda de un suelo perdurable?

La cuestión política consiste en tranquilizar y albergar a todas las personas obligadas a desplazarse, desviándolas, al mismo tiempo, de la falsa protección de las identidades y de las fronteras estancas.

Pero ¿cómo tranquilizar? ¿Cómo dar a todos los migrantes el sentimiento de estar protegidos sin apoyarse en una

identidad de origen, de raza autóctona, de frontera estanca y de seguro a todo riesgo?

Para dar seguridad habría que realizar dos movimientos complementarios que la modernización había vuelto contradictorios; por una parte, aferrarse a un suelo; por otra, mundializarse. Hasta aquí, es cierto, tal operación se consideraba imposible: había que escoger. Es posible que sea a esa aparente contradicción a lo que la historia presente esté poniendo fin.

## 4

¿Qué significan, en el fondo, los estragos de la mundialización? Parecería que de ella es de donde viene todo el mal, que contra ella los pueblos se han rebelado de improviso, por un esfuerzo supremo de toma de conciencia que, según se dice, les ha abierto los ojos sobre los excesos de las élites.

Es momento de prestar atención a las palabras que utilizamos. En la palabra «globalizar» hay mucho contenido *globaladí*, es cierto, pero también está la palabra «globo» que tal vez debamos conservar. En «mundializar» está la bella palabra «mundo»: sería verdaderamente triste privarse de ella.

Desde hace cincuenta años, lo que llamamos «globalización» o «mundialización» designa, en realidad, dos fenómenos opuestos que sistemáticamente se han confundido.

Pasar de un punto de vista local a un punto de vista global o mundial debería significar que se multiplican los puntos de vista, que se toma en cuenta un número mayor de variedades, de seres, de culturas, de fenómenos, de organismos y de personas.

Ahora bien, parece que hoy se entiende por mundializar justo lo contrario de esa multiplicación. Esto quiere decir que una sola visión, absolutamente provinciana, propuesta por algunas personas que representan un número minúsculo de intereses, limitada a unos cuantos instrumentos de medida, a unos cuantos estándares y formularios, se nos ha impuesto a todos y se ha extendido por todas partes. No es sorprendente, entonces, que ya no sepamos si hay que